

naciente Estado. El príncipe regresó con toda felicidad de Jerusalén a Antioquía, y poco después principió lo más importante, que aun quedaba por hacer, esto es; declarar la guerra al emir Ridhwan de Alepo, el más terrible enemigo de los cristianos en toda la Siria septentrional. En esta guerra Boemundo derrotó al ejército del emir en sangrientos encuentros, y muy esperanzado de la victoria acampó delante de la capital. Pero allí se le presentó para desgracia suya un mensajero del príncipe armenio Gabriel de Malatia, que le prometía entregarle su territorio, si le ayudaba contra el emir Ibn Danischmend de Siwas (Sebaste, en el Alto Halys). Boemundo levantó en seguida el sitio, y se dirigió a marchas forzadas hacia el Norte; pero tropezó en el camino y de improviso con el ejército turcomano de aquel emir, sufrió una completa derrota (mediados de verano de 1100) y fué hecho prisionero en unión de varios caballeros muy principales.

Tan fatalmente como estos, por lo menos, se desarrollaban para los normandos los asuntos de Jerusalén en la misma época, á pesar de haber comenzado tan bien. En esta ciudad trabajaba ciertamente el duque Godofredo tan valeroso é incansablemente como antes, pues que atacó nuevamente á Arsuf, obligó á pedir la paz á algunas otras ciudades por el miedo que tenían á su espada, é hizo reedificar del mejor modo posible las casas y obras de fortificación de los pueblos cristianos, especialmente las de la importante ciudad marítima de Joppe (Jaffa), que desde hacia mucho tiempo estaba en ruinas.

Sin embargo, el resultado que obtuvo con todo esto, fué en el fondo muy pequeño, principalmente porque al mismo tiempo el nuevo Patriarca le puso en una situación difícil y penosa. Dagoberto exigía á la sazón que las ciudades de Jerusalén y Joppe fuesen entregadas en propiedad á la iglesia del Santo Sepulcro, es decir, que deseaba la transformación del reino de Jerusalén en un Estado de la Iglesia. Godofredo no pudo oponer resistencia formal á esta pretensión por la actitud que había guardado hasta entonces. Tras breve oposición se avino y se reconoció él mismo como feudatario del Santo Sepulcro y del Patriarca. Solo quería, según añadió, percibir las rentas de dichas dos ciudades hasta tanto que se ensanchara su territorio con uno ó dos lugares; y si en este intermedio moría sin heredero varón, caducaría esta condición.

No mucho tiempo después, el 18 de julio de 1100, murió el primer soberano cristiano de Jerusalén. La leyenda cuenta que el duque fué envenenado por el emir de Cesarea; sin embargo, puede admitirse como cierto que fué arrebatado por una enfermedad contagiosa, que causó muchas víctimas en la asolada Palestina, cuya atmósfera estaba infestada por las miasmas producidos por los cadáveres y la putrefacción. Así murió Godofredo, después de haber gobernado como protector del Santo Sepulcro, por espacio de un año no completo, y la misma leyenda que rodeó su cuna de milagros y relacionó su muerte con una acción páfida de los enemigos de la fe cristiana, le ensalzó también hasta lo infinito como soberano de Jerusalén. Sus hazañas como héroe en la guerra y como príncipe en la paz han sido muy ponderadas por unos y otros; y hasta la obra de época muy posterior, esto es, el código de leyes de las Assisias, la gran colección legislativa de Jerusalén se atribuyó á su sabiduría (1). En reali-

(1) Sybel ha sido el que en su «Historia de la primera cruzada» ha presentado la prueba más importante de que Godofredo no estuvo en situación de componer ó mandar componer las Assisias de Jerusalén. Dicha prueba está sin refutar hasta hoy, por mas que Francisco Monier, apoyado en un profundo estudio de los manuscritos de esta colección, afirma que debe atribuirse á la actividad de Godofredo. Véase «Godefroi Bouillon et les Assises de Jérusalem» en las «Seances et tra-

dad, Godofredo fué en los últimos años de su vida el mismo que había sido siempre: un hombre valeroso, sencillo y humildemente piadoso, según el espíritu de la época; y en su juventud, lo mismo que en la cruzada, pudo intervenir en la marcha de los sucesos á la cabeza de muchos miles de combatientes. Por el contrario como protector del Santo Sepulcro apenas le siguieron á las luchas peligrosas unos cuantos centenares de hombres. Los cuidados y las penas fueron al fin su herencia; no el esplendor y la victoria: solo la leyenda no abandonó á su predilecto, y derramó el cuerno de la abundancia de sus invenciones sobre los días en que él mandó en la patria del Salvador.

Después que Godofredo cerró los ojos, no quedó Dagoberto como soberano de Jerusalén, según lo había deseado tan ardentemente, sino que se declaró contra él una tenaz reacción. Los caballeros lorenenses ocuparon los muros y torres de la Ciudad Santa, y enviaron á decir á Balduino, que se hallaba en Edesa, que fuese en seguida á tomar posesión de la herencia de su hermano. Contra esto, el patriarca podía á lo sumo invocar el auxilio de las armas normandas, siendo las más próximas las de Tancredo, el cual precisamente entonces había obtenido un nuevo triunfo. Pocas semanas antes, en vida aun de Godofredo, llegó á Palestina una poderosa escuadra veneciana, entró de refresco en lucha contra los enemigos de la Cruz, y Tancredo con este refuerzo se apoderó en seguida de Chaifa, importante ciudad marítima fortificada. Pero Dagoberto necesitaba mayores auxilios que los que el príncipe de Galilea podía prestarle, por cuya razón escribió á Boemundo, de quien creía que podría llevarle por sí mismo y con toda la celeridad posible, la salvación, y contrarrestar por las armas, si necesario fuese, al conde Balduino en su marcha á Jerusalén (2). Sin embargo, esta carta no llegó á su destino, porque en el intermedio Boemundo había caído en poder del emir de Siwas, y con esto la situación de los normandos se hallaba seriamente amenazada á la vez en el Sur y en el Norte de Siria.

Así, pues, casi todo dependía de la actitud de Tancredo, cuya tarea principal debía ser el asegurar ante todo á Antioquía, pero no presentarse de un modo hostil contra Balduino y los lorenenses. En cierto modo hizo bien, cuando al tener noticia de que había fondeado en Laodicea una poderosa escuadra genovesa, á bordo de la cual iba un nuevo legado del Papa, el obispo de Porto, Mauricio, fué allá sin dilación, é hizo que este le diese posesión del principado de Antioquía. Pero después de esto, en lugar de permanecer en el Norte de Siria, regresó á Palestina, y agotó su ingenio en inútiles tentativas para entrar en posesión de las ciudades de los lorenenses.

Entre tanto declaró Balduino sus deseos de hacerse cargo del gobierno de Jerusalén; entregó á Edesa á su sobrino Balduino el Joven, que había peleado en los últimos tiempos bajo las banderas de Boemundo, reunió además todo el dinero que pudo, y por fin emprendió la marcha en dirección al Sur con unos 200 caballos y 700 infantes. En Laodicea se reunió con el legado Mauricio y fué ayudado por éste en su empresa. Después de varios rodeos llegó á Jerusalén á principios de noviembre, hizo su entrada en medio del júbilo de sus paisanos, y después acometió la empresa de atravesar las comarcas meridionales de Siria, donde ganó rico botín, si bien ejecutó atroces crueldades con los enemigos. Sus an-

vauz de l'Académie des sciences morales et politiques.» 1873, 1874. Pero los manuscritos no prueban absolutamente nada en este asunto, pues que son en conjunto de origen muy reciente.

(2) Dagoberto proyectó desde luego hacer sucesor de Godofredo al príncipe de Antioquía; con lo cual, sin embargo, se hubiera quedado en el camino, respecto á satisfacer sus propios deseos jerárquicos; pero su proyecto no fué bien recibido.

tagonistas cristianos no pudieron oponer resistencia á sus triunfos. Dagoberto se sometió, tan pronto como Balduino regresó de aquella expedición, renunció á todas sus pretensiones y derechos, y le coronó por sí mismo en Belén como primer rey de Jerusalén el 25 de diciembre de 1100. Tancredo continuó encastillado en su loca manía durante dos meses; pero luego, repentinamente, según su costumbre, renunció á toda resistencia y á toda intervención en los asuntos de Jerusalén, y no solo auxilió al rey en el Sur, sino que también le entregó el mando del principado de Galilea, según parece, «porque odiaba á su antagonista, y por lo tanto no podía ser vasallo suyo con verdadera lealtad» (marzo de 1101).

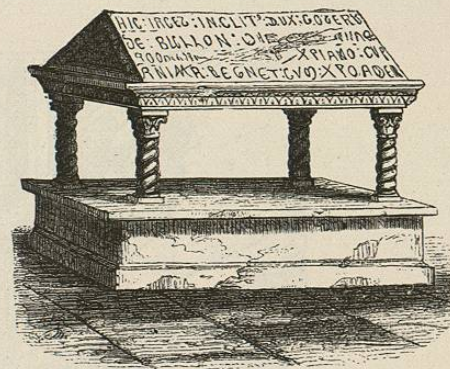
El absurdo proceder de Tancredo produjo en el Norte de Siria malos resultados. Los griegos hacían progresos en Cilicia, y quizá hubieran podido conseguir mas importantes resultados si no se hubiesen visto precisados á reunir en otros puntos sus fuerzas para evitar el peligro que les amenazaba por parte de la escuadra genovesa que había llegado en el verano de 1100, y el que les amenazó poco después por parte de los ejércitos cruzados nuevamente reunidos en el Occidente. En cambio se resolvieron á atacar otra vez con el mayor denuedo á los seldyucidas que estaban mas próximos, estrecharon vivamente á los antioquenos hasta las mismas puertas de la capital, y comprometieron al conde Balduino II de Edesa en serias luchas, en las cuales experimentó grandes pérdidas. Cuando, por fin, Tancredo llegó á Antioquía procedente de Galilea, en marzo ó abril de 1101, debía haber salido inmediatamente á campaña contra los seldyucidas que eran los más temibles enemigos; pero su apasionada animosidad contra los griegos le llevó, no solo á arrancarles de nuevo la Cilicia, sino también á comprometerse en el sitio de la fortificada Laodicea, el cual, aunque terminó en definitiva con la conquista de la ciudad, exigió un tiempo precioso, que se perdió irremediabilmente para mas importantes asuntos que lo reclamaban.

No fueron, por lo tanto, felices para los cristianos sirios los meses que trascurrieron desde el principio del año 1100 hasta muy entrado el año 1101. Es verdad que Jerusalén se separó violentamente de todo el influjo normando que la oprimía y que fundó bajo un majestuoso título un Estado independiente; pero en el Norte de Siria se experimentaron grandes pérdidas, y los proyectos tan brillantes de poco tiempo antes, se oscurecieron para el porvenir. A la sazón podía parecer dudoso que los cruzados fueran bastante fuertes é inteligentes para vencer de un modo decisivo al islamismo de Oriente.

CRUZADA DEL AÑO 1101

Mientras en los años 1097 y 1099 avanzaba el gran ejército peregrino al través del Asia Menor y de la Siria, se proyectaba en su patria tomar parte entusiasta en tal empresa. En todo el Occidente sonaban las campanas llamando á la oración en favor de los cruzados, y Urbano II hacia todo lo que podía por reforzar á los soldados de Jesucristo enviando nuevos ejércitos. El 29 de julio de 1099 murió el Papa, antes de que llegara á Europa la noticia de la toma de Jerusalén. Su sucesor Pascual II mostró el mismo celo por la causa de la Tierra Santa, y encontró en la inmensa mayoría de los pueblos, ansiosos corazones de tomar parte en la cruzada. Poco á poco se supo que aquella guerra tan llena de sacrificios no se había hecho sin recompensa; que antes bien el Señor había oído á los suyos y concedido el logro de tan felicísimo fin. Algunos peregrinos y vagabundos propagaron la nueva de pueblo en pueblo y de castillo en castillo.

Con singular entusiasmo fueron recibidas las descripciones de los rudos combates y brillantes triunfos alcanzados por la libertad de los Santos Lugares y de todas las maravillas del Oriente. Después llegaron de regreso á su patria los héroes de la cruzada coronados de gloria, siendo recibidos con grandes honores y despertando aun mas ardiente entusiasmo por la causa, en cuya defensa habían peleado y sufrido ellos mismos (1). Finalmente llegaron las cartas de los príncipes que habían logrado ser soberanos en Siria, las cuales, señalando con orgullo los resultados hasta entonces obtenidos, revelaban brillantes proyectos para el porvenir, pero á la vez pedían con instancia á sus correligionarios de Occidente, rápidos y vigorosos auxilios. Entonces se reunieron nue-



Sepulcro de Godofredo de Bullon en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén

vas masas de gente dispuesta á emprender en comun la marcha á Oriente, y en breve se hicieron tales preparativos, que no cedían en importancia á los del año 1096.

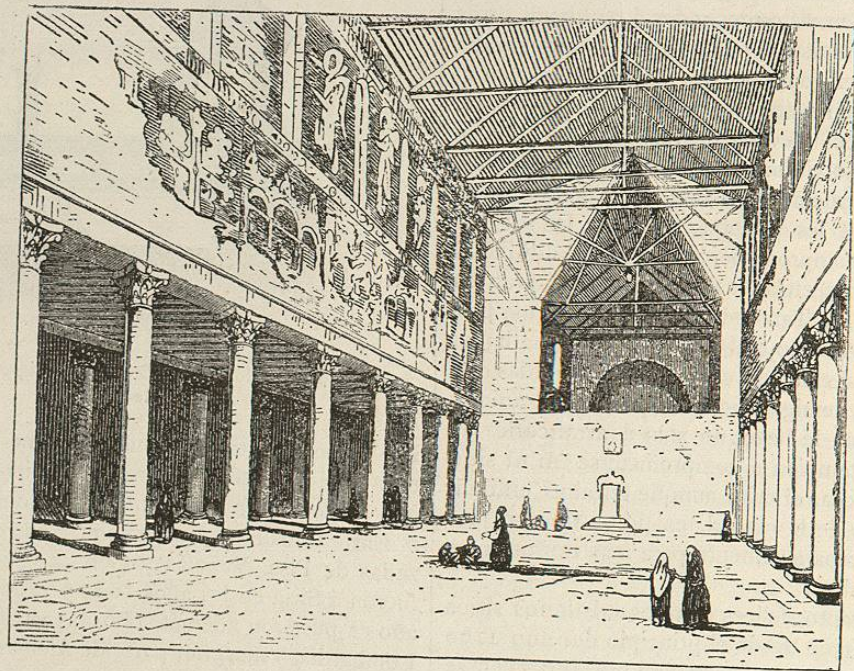
Entre éstos hay que mencionar en primer término las cruzadas de Pisa, Venecia y Génova, que, como hemos visto, fueron á Siria en los años 1099 y 1100. Durante este último año se pusieron además sobre las armas los habitantes de la Lombardia, y una gran parte de Alemania, Francia y España.

El Papa trabajó mucho para hacer comprender á los españoles, que no les convenía pelear contra los seldyucidas en Asia, porque debían antes dirigir sus fuerzas contra los mahometanos que estaban en su propio territorio. Por el contrario, á los demás pueblos, ordenó que cooperasen tomando parte en la guerra santa, y amenazó con la excomunión á las personas, que habiendo hecho el voto de cruzarse años antes, no habían empezado aun á cumplirle, adoptando idéntica medida respecto de aquellas otras, que antes de ter-

(1) Roberto de Flandes, Roberto de Normandía, probablemente Eustaquio de Boulogne, y muchos otros peregrinos ilustres y plebeyos regresaron de Laodicea á Europa en el mes de setiembre de 1099. Roberto de Flandes pasó por Francia en dirección á su patria en el invierno de 1099 á 1100 y fué saludado por todas partes con indecible júbilo. En sus últimos años (murió en 1111) se distinguió como uno de los más ardientes defensores de las reclamaciones de la Iglesia contra el imperio. Roberto de Normandía se casó en Apulia con Sibila, prima de Roberto Guiscardo, y al cabo de un año regresó á su patria. Entre tanto murió su hermano Guillermo II, rey de Inglaterra, y le sucedió Enrique, el más joven de los tres hermanos. Roberto intentó quitarle el reino, pero al fin perdió también la Normandía (1106), pasó el resto de su vida prisionero en Inglaterra y murió en 1134. Pedro de Amiens volvió también á su patria por entonces, según se cree: las últimas noticias sobre su vida son muy inciertas; pero permiten creer que pasó á la comarca de Lieja en compañía de otros peregrinos que regresaron de Jerusalén, que fundó una iglesia dedicada al Santo Sepulcro en las inmediaciones de Huy, y vivió en la misma con algunos compañeros de peregrinación asociados según la regla de San Agustín. Después fué el primer Prior de esta comunidad, y desempeñando este cargo murió el 8 de julio de 1115.

minarse la peregrinacion habian huido cobardemente á su patria, como por ejemplo, el conde Estéban de Blois, y de las que se escaparon del sitio de Antioquia.

Los italianos que en esta ocasion tomaron la cruz se agruparon en su mayor parte en derredor de Anselmo, arzobispo de Milan. Eran éstos en número de 50,000, entre los cuales se contaban no pocos hombres importantes, dos condes de Blandrate, un conde de Parma, el obispo de Pavia y otros. En el Sur de Francia, Guillermo de Poitou, duque de Aquitania, el noveno de este nombre, reunió un ejército tan grande ó quizá mas numeroso que el anterior. Con el duque Estéban de Borgoña se asociaron los obispos de Laon, Soissons y París, acompañados de muchos nobles señores de las provincias del centro de Francia. Alrededor del conde Guillermo de Nevers se agruparon 15,000 hombres, y tanto



Iglesia de Belen, donde tuvo lugar la coronacion de Balduino I

conseguido con la liberacion de Jerusalem, y que merced á esto estaba demostrada la superioridad de las armas cristianas sobre las mahometanas. Marcharon á cumplir su voto con el mismo entusiasmo sí, pero no con igual prevision, orden y profunda penetracion que Godofredo, Raimundo y demás compañeros. Llenos de excesiva presuncion de la victoria, soñaban con fabulosos triunfos, y, muy apegados á la vida, se preparaban como si fuesen á una fiesta sibarítica. Señoras honradas, lo mismo que mujeres de vida airada, se incorporaron á los guerreros. Como figura característica de toda esta masa, hay que citar nada menos que al duque Guillermo de Aquitania, hombre rico, caballeresco y de talento, celebrado como primer trovador por sus alegres canciones y al mismo tiempo de mala fama por sus proezas amorosas.

Este ejército, compuesto de partes tan heterogéneas, creia, por lo tanto, poder alcanzar inmarcesible gloria con pocas fatigas; pero en realidad le ocurrieron peligros que hasta entonces apenas se habian apreciado suficientemente. En la marcha por el territorio bizantino tuvo la desgracia de experimentar muy de cerca violentas hostilidades, porque los mismos cruzados, lo cual se comprende perfectamente despues de todo lo anteriormente ocurrido, estaban poseidos de profundo é inveterado odio hácia el emperador Alejo. El astuto soberano de Constantinopla se les presentó como un segundo Judas;

Hugo de Vermandois como Estéban de Blois procuraron hacer olvidar con nuevos aprestos, lo ignominioso de su huida de la primera cruzada, y aplacar de este modo la cólera del Papa. En Alemania hicieron voto de peregrinos el duque Welfo IV de Baviera, la piadosa Ida margravina de Austria, los condes Federico de Bogen, Enrique de Regensburg y Ekkehardo de Scheiren, un valiente mariscal del emperador Enrique IV, llamado Conrado, despues el arzobispo de Salzburgo, Thiemo, los obispos Ulrico de Passau y Gebhardo de Constanza y muchos clérigos inferiores, caballeros y escuderos.

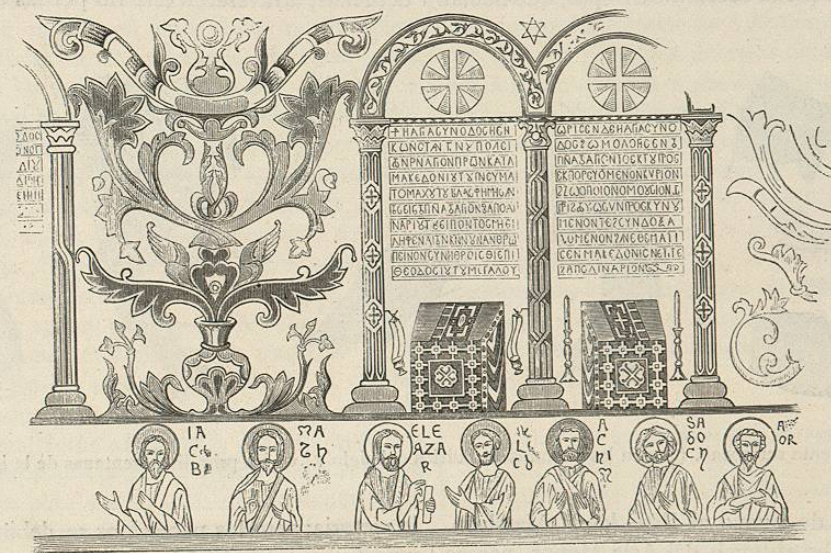
Pero en estos peregrinos, sobre todo entre los lombardos y franceses, dominaba otro espíritu distinto del que habia animado á sus antecesores del año 1096. Creian en efecto que lo mas penoso que podia exigirse á los cruzados, estaba ya

perfidus y *maledictus* fué el calificativo que le dieron. Además, en el Asia Menor les salieron al encuentro, y por cierto en gran número, los mismos seldyucidas que tan sangrientas derrotas habian sufrido el año 1097, pero en esta ocasion Kilidsch Arslan podia contar confiadamente con el apoyo de sus correligionarios, pues por lo menos los emires mas próximos á él, especialmente Ibn Danischmend de Siwas y Ridhwan de Alepo, debian tratar de impedir por interés propio, que los cruzados de Siria recibiesen refuerzos. Así, indudablemente les estaba reservada á los demasiado arrogantes peregrinos una próxima y ruda pelea con numerosos enemigos, que podian contemplarla llenos de esperanza, porque en la última época habian hecho feliz resistencia á los normandos y antioquenos, y hecho prisionero á Boemundo, el mas importante de todos los principes cruzados.

En el otoño de 1100 abandonaron los lombardos la patria y marcharon por el Friul, Carintia, Estiria y Hungría meridional hasta el valle del Morawa, en donde invernaron. El emperador Alejo les salió al encuentro con abundantes socorros en la parte mas lejana de su imperio, cuidando de que pudiesen adquirir viveres á un precio equitativo; pero, á pesar de esto, muchos peregrinos se permitieron en su furor y sobreexcitacion, terribles actos de violencia contra la propiedad y las personas de los habitantes del país. Al principio de

la primavera continuó su marcha el ejército en direccion al Sudeste por la antigua ruta de los cruzados, y llegó á Constantinopla en marzo de 1101, donde recibió orden de acuartelarse en el arrabal de Pera, en el que habia acampado anteriormente el duque Godofredo; pero al poco tiempo se mostró tan ingobernable, que Alejo se puso en cuidado, y en su consecuencia exigió que los lombardos se alejasen de las inmediaciones de la capital, ó, lo que es lo mismo, que se trasladasen al Asia. Los arrogantes peregrinos se negaron á ello, tomaron las armas, y ya se habian posesionado por asalto del monasterio fortificado Cosmidium, situado á las puertas de Constantinopla, cuando el arzobispo Anselmo y demás jefes del ejército lograron hacer entrar en razon á las tropas, pasarlas al otro lado del estrecho y aplacar la justa cólera del emperador.

Algun tiempo despues que los lombardos, y parte en la primavera del año 1101, se pusieron en marcha los franceses y los alemanes, los cuales en divisiones mas ó menos grandes siguieron en general su camino por Hungría á Belgrado, y desde este punto continuaron sin dificultad hasta Sofía, Filipópolis y Andrinópolis. La disposicion de ánimo con que pisaron el suelo del imperio bizantino, parece fué sobre poco mas ó menos la misma que la de los lombardos. La cólera y el odio á los griegos los llevaron á excesos y actos atroces en aquel territorio. El emperador se esforzó en hacer la paz con ellos, pero se vió tambien obligado á rodear con tropas las indisciplinadas masas para defensa de los suyos. Al fin vinieron á las manos, y delante de Andrinópolis dieron los aquitanos una batalla formal á los mercenarios petschenegos del emperador, en la cual fueron pasto de las llamas los



Mosaico de la iglesia de Belen, hecho con anterioridad al año 1170

arrabales de dicha ciudad. Todos estos precedentes perjudicaban naturalmente los resultados posibles de la cruzada. La indisciplina de las masas del ejército aumentó al compás de aquellos actos de violencia, y la fuerza de estos centenares de miles de hombres para vencer una resistencia formal decreció en la misma proporcion.

Unos tras otros se reunieron con los lombardos en la costa asiática el mariscal Conrado con 2,000 caballeros alemanes, el duque Estéban de Borgoña con un poderoso ejército, el conde Estéban de Blois y varios otros señores, de tal manera que, aun antes de haber llegado los demás alemanes y aquitanos, ascendian nada menos que á 260,000 cruzados, segun la tradicion, por cierto muy insegura. Este colosal ejército no permaneció mucho tiempo en la inaccion. Sin esperar la llegada de los compañeros que aun faltaban, pidió ser llevado al combate y á la victoria, y se enloqueció por completo trazando y discutiendo los mas descabellados planes de guerra. Entre los lombardos surgió el pensamiento de emprender algo grande en honra del Salvador, y así como los primeros cruzados habian conquistado á Antioquia y Jerusalem, romper entonces las cadenas que ligaban á Boemundo en el poder del Siwas, someter luego á Bagdad y aniquilar por este medio al califato. Este pensamiento, una vez divulgado, influyó con fascinadora fuerza en los cerebros de los principes y caballeros. La resistencia aislada, que se hizo en contra, fué pronto dominada, y se resolvió, por unanimidad, emprender la marcha hácia Siwas y Bagdad.

No se necesitaba discurrir mucho para comprender que esta era una determinacion desastrosa. Bagdad estaba para los cruzados á una distancia considerable, y el ejército pronunciaba su sentencia de muerte cuando, lleno de ciega confianza en sí mismo, soñaba, aun antes de principiar la lucha, con estupendas victorias.

Distinto hubiera sido el juicio que entonces se hubiera formado sobre el plan de campaña de estos peregrinos, si se hubiera limitado á la conquista de Siwas y rescate de Boemundo. Era fácil llegar á este sitio con una marcha regular. El camino atravesaba las comarcas del Asia Menor que menos habian sufrido en los azares de la guerra de los últimos años, y que por lo mismo podian proporcionar mas fácilmente que otras, provisiones para un ejército numeroso. De todos modos no era posible evitar la lucha con las tropas de Ibn Danischmend de Siwas, porque el emir, segun parece, se habia preparado para salir al encuentro de los cristianos en cualquier camino que pudiesen tomar (1). Tal vez estos pere-

(1) Esto puede deducirse de la circunstancia de que además de Kilidsch Arslan é Ibn Danischmend, salieron al encuentro de los cruzados en la batalla decisiva, Ridhwan de Alepo y Karadscha de Harran, ó lo que es lo mismo, los emires de Siria y Mesopotamia. Para avisar á los últimos de la aproximacion de los peregrinos y reunirse con sus tropas, se necesitaba tanto tiempo, que los primeros pasos para esta union de las fuerzas mahometanas probablemente se dieron antes que ninguno de estos emires supiese nada de la direccion en que marchaba el ejército cristiano, y aun antes que esta direccion fuese acordada por los mismos principes cruzados.